



**Un abanico que
apenas se abre**

**Una luz que no daña
ni enceguece**

Inés Legarreta (nouvelles)

EDICIONES RUINAS CIRCULARES



Legarreta, Inés

Un abanico que apenas se abre. Una luz que no daña ni enceguece
/ Inés Legarreta. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Ruinas Circulares, 2020.

92 p. ; 22 x 15 cm. - (Octaedro plus)

ISBN 978-987-4952-36-3

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

DICIEMBRE 2020

Diseño: *Octaedro Serie PLUS*: Ricardo Cardone

Imagen de tapa: "Luna y flores azules", Ohara Koson

Imágenes interior: "Ciruelos florecidos en la noche"

"Luciérnagas", Ohara Koson

Contacto con la autora: marineslega@gmail.com

Ediciones Ruinas Circulares

Directora: Patricia Bence Castilla

Aguirre 741 - 7º B

(1414) Buenos Aires

E-mail: info@ruinascirculares.com

www.ruinascirculares.com

INÉS LEGARRETA

UN ABANICO QUE APENAS SE ABRE

UNA LUZ QUE NO DAÑA NI ENCEGUECE

-NOUVELLES-

COLECCIÓN OCTAEDRO

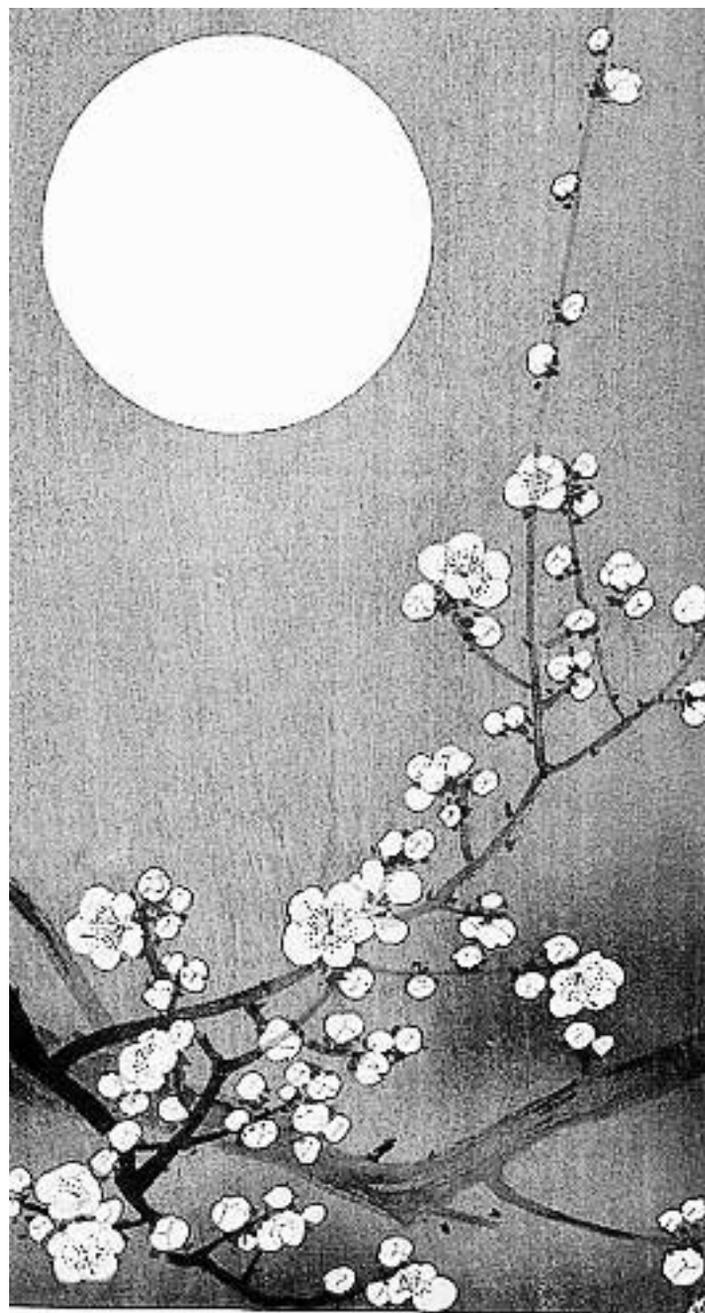
SERIE PLUS

ediciones ruinas circulares

*Dedico estos textos a los autores
que me alegraron la infancia con sus libros.
Y a mi abuela materna, Clorinda Rossi de Muñoz,
porque me contó las mejores historias.*

¿Por qué escribir la historia de un ángel en el siglo XXI o la de una cortesana japonesa del siglo IX? ¿Por qué la prosa y no el verso? ¿Por qué no ambos? ¿Por qué algunos textos vienen desde el inicio con la contundencia del golpe seco contra el vidrio y otros se anuncian con la levedad del azaroso vuelo de las mariposas? ¿Por qué algunos textos se arrastran por el barro y se hunden en las profundidades de lo desconocido, del imposible deseo y otros vienen claros y limpios, casi iguales a un cielo despejado? No lo sé. Pero quizás, vivir en estado de abierta disposición, sin prejuicios, y en permanente búsqueda de la palabra que por fin me satisfaga, me lleven a escribir cuanto escribo.

I. L.



UN ABANICO QUE APENAS SE ABRE

Ocho siglos me separan de Sei Shōnagon
también la muerte, el mundo, un idioma
y la inmovible belleza
sin embargo
somos amigas.
I.L.

Y ahora
cómo hago
para que olviden esa cara
que no es la mía.

I.L.

Un día de la primera semana de primavera

I

El caballero Akihiro abrió demasiado la boca cuando tuvo que cerrarla.

Del rumor de su estadía en el extranjero viene este defecto: habrá que ignorarlo o amarlo.

II

Como pocas veces la tarde amenaza a la noche.

III

No se han retirado todavía las nubes y ya merodea un joven. Desdichado.

IV

Es una Dama no una sirvienta quien camina toscamente: el pesar o el enojo la confunden.

Tampoco ha sabido guardar el orden en los colores de su kimono: estallan igual que frutos de pino. Hay algo muy triste en todo ello.

V

Miramos y vienen los cerezos antes a nuestros ojos que a las ramas.

VI

Porque alguien canta, callo.

Cosas permitidas y cosas que suceden en primavera

I

Los kimonos livianos con mangas que resbalan por la piel: los ojos de los hombres se desvían muy seguido.

II

Reír en grupo haciendo escándalo.

III

Conseguir un amante nuevo.

IV

Asomarse a las verandas para que la brisa nos alcance a pesar de que traiga nieve.

V

Escribir poemas y esconderlos.

VI

Escuchar los poemas que nos dedican y no sonreír.

VII

Así como en los árboles se abren las flores, en los jóvenes crecen los deseos.

Por eso en la corte hay desmayos.

VIII

La belleza pierde su misterio: se muestra poco decorosa y en todos lados.

IX

Un caballero desconocido puede distraer a cualquiera. No importa que sea elocuente o parco.

X

Una Dama de la corte quedó rezagada mientras caminaban, si hubiese apurado el paso podría haber sido como un abanico que apenas se abre.

XI

La luna completó el silencio.

Una tarde en el salón

Mirábamos el jardín y hablábamos en voz baja cuando la Emperatriz quiso que recitáramos versos como si estuviéramos jugando a las cartas, aunque sin ellas. Recordé el vuelo del colibrí y su persistencia ante las flores, la Dama que llamamos “Delgada como un junco” se movió entre nosotras con gracia y habló del aire y su caricia de amante, luego fue el turno de la Dama Keiko quien recurrió a la seguridad de los cerezos en flor, lo cual motivó un pensamiento agudo de mi parte que no llegué a expresar porque algo ocurrió: nuestra gentil Señora movió apenas una mano y alcancé a ver una grulla solitaria.

Con la conversación y el viento

No siempre la primavera es amable: hay días en que el viento molesta más que en pleno invierno. Escuchamos los golpeteos constantes, incluso de objetos que caen y vuelan por los pasillos o se estrellan contra las paredes. De niña creía que eran fantasmas los que agitaban los tatamis y los pliegos de las mantas; escondida esperaba la aparición de esos monstruos con fauces azules y rojas de los sueños. Tampoco ahora me gusta el viento.

El viento confunde y da dolor de cabeza.

El viento hace lo que algunos hombres y mujeres: desordena. Pero hay a quienes les gusta esta confusión de gritos, polvo y aire.

Posibilidades de los ruidos

I

Un pequeño golpe en el techo y luego algo se desliza: piedra lanzada por un amante con dedicación y esperanza. Abrir la puerta con sigilo.

II

Caída de cerámicos o bandejas: un sirviente apurado tropezó. Luego siguen los improperios de los otros. No sé qué me disgusta más: la calma ha sido invadida por un revuelo que no merece atención.



UNA LUZ QUE NO DAÑA NI ENCEGUECE

“Los ángeles pueden volar porque se toman a sí mismos a la ligera.”

G. K. Chesterton

“Si evaporada el agua el nadador todavía se sostiene, no cabe duda: es un ángel.”

“Prueba de agua”

Eugenio Mandrini

El ángel (la narración)

Miró por la ventana y vio al ángel. Tenía un ala chamuscada que llegaba hasta el piso y las plumas de color barro, pegoteadas y encimadas como la piel de los cocodrilos. El olor la llevó a su infancia cuando en la quinta de los abuelos metían las gallinas en agua hirviendo para desplumarlas, una vez degolladas y después de haberlas dejado colgar de un árbol para que largaran toda la sangre en un recipiente que adquiriría dimensiones de tortura. Pensó que habría que bañarlo o tirarle unos baldazos con agua y detergente. Parecía un hombre entero, desnudo, averiado en un ala. ¿Venía a anunciarle algo?

Se estudiaron un largo rato. El ángel no hablaba y ella no sabía qué decir, no había en él nada sobrenatural que infundiera miedo o asombro, hasta tenía la barba crecida y despereja de los que no tienen ganas de afeitarse todos los días. Era un ángel viejo, además. El vello que le recubría el pecho y las piernas estaba despintado en su mayoría. Así que ella dedujo que no reunía las condiciones básicas necesarias para poder trasladarla por el cosmos; —por el contrario— seguiría en la tierra, pero ahora custodiada por ese ángel que se le había aparecido como a María. De todas maneras, no dejaba de esperar algo milagroso... pasaron segundos, minutos y nada que anunciara un vuelo inminente, el despegue hacia el más allá. Sólo los ojos tenían una reciedumbre inusual, la luz del fuego o de los carbones encendidos en la noche. Por esos ojos —únicamente— no por las alas ni por la desnudez que llevaba con la naturalidad del aire, supo ella que venía del cielo. Atravesar tanto tiempo para llegar, herido, a su ventana en una noche de verano. Tendría que darle asilo entonces. ¿Esto era lo que el destino le deparaba? ¿Escribir libros, ensayos, poemas, cuentos, para esto? Otro relámpago cruzó la noche y después el trueno hizo vibrar las paredes. Le hizo señas de que abriría la puerta principal porque si iba a permanecer allí —aunque sea en un tiempo de prueba— mejor que no entrara por la ventana. Así entran los trasnochados, los inconformes, los errantes. Pero no le hizo caso. Empezamos mal, le dijo ella, y él sonrió abiertamente mientras se tiraba largo a largo sobre la cama.

*Así alta la luna,
mujer en tierra,
desdén del ángel o huida:
los árboles del sueño miden la distancia.*

*Mujer desangelada,
la luna rojiza del bosque la convierte en piedra
y no duerme.*

El ángel (continuación)

A ella le pareció inútil hacer un sorteo para ver quién dormiría en el sofá del living; el ángel ya se había apoderado de la cama y se veía tan cómodo, tan a gusto allí que lo único que dijo fue que así chamuscado como estaba, las sábanas iban a ser un desastre en la mañana y por eso fue directo al baño y abrió la ducha. Debajo del agua, con las alas mojadas, se veía frágil, escueto y feo: daba la impresión de que estaba a punto de morir como los pichones que caen de los árboles después de las tormentas. Le tiró chorros de detergente y el agua salía oscura, aceitosa; luego se fue haciendo clara a medida que las plumas se separaban y limpiaban; de pronto, quizás por un movimiento involuntario o quizás por la liberación de la mugre, abrió las alas de par en par y ella sintió el poderío que no había visto hasta ese momento: el ángel se revistió con la idea que todos tenemos de ellos. Tuvo miedo. Él se dio cuenta enseguida de la vacilación en el trato y le pidió una toalla pero todas le resultaban chicas así que salió del baño, fue hasta el patio y se sacudió el agua, despegándose apenas del suelo.

Terrestre, pronunció el ángel, ya en la casa. Qué hermosa palabra. Y también que tenía hambre y le pidió que cocinara cualquier cosa, no tenía paladar fino ni se consideraba un gourmet. Conmigo vas muerto. Soy muy mala cocinera y empezó a preparar una ensalada de zanahoria rallada y radicheta que era todo lo que tenía de verdura en la heladera. ¿Vegetariano, no? No. Ah, mirá vos. El espíritu no rechaza la carne, de otra manera, ¿en qué casa nos meteríamos? Tendrían que escucharte mis amigos los macrobióticos, los vegetarianos, los de la senda del espíritu. Él se había puesto a picar un pedazo de

queso y buscaba pan o galletitas entre los tarros de la mesada. Somos diversos, el arquetipo es una construcción tranquilizadora. Pero vos estás acostumbrado al mundo, le dijo ella. Sonrió. ¿Por qué te viniste abajo? Por distraído, le erré a la corriente y me agarró el rayo. Todo esto, interrumpió ella, es muy convencional, muy de película yankee. Inmutable, el ángel se sirvió ensalada y empezaron a comer sin más comentarios; después levantaron los platos, acomodaron la mesa y se despidieron; bueno, ya sabés dónde está el cuarto, que duermas bien, hasta mañana.

*¿Cómo decirlo? Cuando está, respiro de otra manera: el aire tiene brillo, duele.
¿Cómo decirlo? Cuando abre las alas, no es brisa, ni sacudón: es cielo.*

El ángel (continuación)

Contrariamente a lo que había supuesto al acostarse, durmió toda la noche y se despertó tarde en la mañana. Le extrañó no sentir ningún ruido en la casa, ¿se habrá ido o estará durmiendo todavía?, pensó. Le costaba abandonar el estado de placidez, la sensación de paz y de que nada malo le ocurriría mientras un ángel estuviera en su casa. Así que se despezó toda a lo largo en el sofá y se quedó mirando las vigas del techo, los colores de las paredes, los ángulos de intersección de los planos, el sentido de la circulación de las habitaciones, las aberturas de las ventanas y puertas, el emplazamiento de los cuadros, las texturas de las carpetas: le pareció estar en el centro de un dibujo que nunca había visto hasta ese momento. Un mandala concreto. Sus sentidos se habían agudizado o estaba dispuesta a reconocer en las cosas otros significados. No lo sabía, pero era grato, muy grato. De pronto, sin embargo, tuvo conciencia de que todo estaba cambiado, no era que sus sentidos se habían abierto a la experiencia de lo desconocido, no: la casa entera estaba cambiada. Se levantó del sofá de un salto, fue a su cuarto y tampoco allí encontró sus cosas, pasó a la biblioteca y tampoco: de la placidez pasó al enojo sin solución de continuidad. ¡Qué había hecho! ¡Quién le había dado autorización para cambiar todo! Y además, no estaba por ningún lado. Se había ido dejando la cama revuelta, el único signo reconocible de que alguien había dormido ahí. La furia iba en aumento a medida que recorría la casa buscando salidas que se le cerraban el paso; se dio

cuenta además de que sólo podía putearlo genéricamente: ángel de morondanga, qué corno se creía, la compu, dónde puso la compu, dónde la impresora, por qué no se le habrán quemado las dos alas, esto le pasaba por estúpida y se lo chocó. Un choque frontal. Impresionante la dureza de los músculos, la tensión y el impacto la dejaron atontada. Una fuerza sobrehumana la había detenido, una fuerza que poco tenía que ver con la sonrisa que exhibía, como un trofeo o la gracia de niño. Yo no me río, le dijo, agarrándose la cabeza que le dolía terriblemente. Qué mal carácter, le contestó el ángel. Y pensar que anoche estuviste tan tierna. Por más ángel que seas, no tenés ningún derecho a hacer lo que hiciste. Es mi casa. Son mis cosas. Poné de nuevo todo como estaba. Todo. Quiero que mi casa sea mi casa. Quiso buscar una puerta para indicarle ¡afuera!, pero no encontró ninguna y tuvo un ataque de nervios. Calmate, le dijo él ángel. Y las cosas, la computadora, la impresora, las ventanas, las puertas, el olor de la cocina, la ropa en los placares, todo volvió a su lugar. No duró más que un segundo, una milésima de segundo. Más que ángel parecés un mago, le dijo ella. ¡Qué mal carácter!, y movió la cabeza como dudando si quedarse o irse. Muy mal carácter, volvió a decir y desplegando las alas, voló.

Un sueño de mar atravesado, alas rompiendo olas, abanico de agua abriéndose amenazante, pedazos de cuerpos, blancos en la luna de la noche oscura. ¿Habremos sido el ángel y yo?

Por el cuerpo me pasaba el agua, estaba abierta y deshecha como la espuma, sal en la boca y un vuelo alto, destronado del cielo, me llevó lejos. ¿Habremos sido el ángel y yo?

Y en la lucha hubo bocas, cuántas bocas, ingentes, dolientes, rabiosas. Luego, el castigo. Una interminable palabra despertó ahogada en la sábana tibia del amanecer. ¿Habremos sido el ángel y yo?

El ángel (continuación)

Todo estaba en su lugar, no tenía que acomodar ni una pluma, pensó y se largó a reír. Sí que era por demás bizarra la situación, nunca se le hubiese ocurrido —estando en su sano juicio— que le podría suceder algo así. Pero ahora se había ido y vaya a saber si volvería o, por el contrario, esas horas —porque en realidad no había

sido más que un día— quedarían como un tiempo inexplicable, un lapsus temporis—existencial del que nunca podría decir con certeza nada. En fin, lo usaría para escribir, aspectos de la realidad más el toque mágico o como quiera llamársele, darían una buena combinación. A desayunar y después a la compu.

El ángel la miraba serio, sabía que tarde o temprano se iría, pero le divertía esta mujer, igual a todos los mortales y sin embargo, de a ratos, tenía rasgos de haber vivido cerca de la muerte, no era lo que hacía ni lo que decía, sino las pausas en el mirar, algunos silencios que no la incomodaban en absoluto y la manera de tratarlo, un ser extraordinario al que le daba un trato ordinario. Además el arrebatado que había mostrado por sus cosas, ese orden desordenado de la casa por el que había clamado a los gritos era simplemente su escritura: las palabras, las historias que imaginó tragadas por el mandala cósmico que él le había dibujado. Se sentó frente a ella. La mujer tomaba mate amargo, mordisqueaba unas galletas con queso blanco, miraba la pantalla de la computadora, levantaba la vista y la mirada se perdía más allá de la ventana. Creyó que lo buscaba y estuvo a punto de producir alguna señal para que notara su presencia. Pero después supo que no, no lo buscaba a él, buscaba más allá de él, buscaba palabras, frases, una sintaxis, un tono. Escribía. Ensimismada, se alejaba tanto que al ángel le daban ganas de seguirla, como si pudiese mostrarle algún camino nuevo. Y de pronto, se detuvo. Había llegado a algún lugar de cierta comodidad. Puso un punto y aparte y descansó volcándose sobre el respaldo de la silla. El ángel vio el destiempo y la quietud, un espacio en donde nadie sino ella entraba. Tuvo una idea trivial: le sopló la frente, ella permaneció quieta, con la cabeza echada hacia atrás, como esperando más. La cara se había vuelto la de una niña escuchando el cuento que más le gusta. Era hora de decirle que no se había ido, había estado en la casa siempre y que a lo sumo los separaban cincuenta centímetros. Se corporizó. La mujer pegó un salto y un grito. Pero vos me querés hacer morir de un susto. Qué tipo sos. Te juro que hace un rato pensé que andabas por acá, pero me dije: un ángel no se va a poner a jugar a las escondidas como un chico, por no decir otra cosa. ¿Me estás espiando? Te miraba, que es distinto. ¿Y cuándo entraste? No me fui. Si yo te vi volar. No le contestó. Está buena la historia que

estás escribiendo: el ángel se parece a mí. Es más lindo que vos, más joven. Y ya que estamos en tema: no sabía que los ángeles envejecen; porque sos un ángel entrado en años y desprolijo, te podrías afeitar cada tanto. ¿Qué vamos a cenar hoy?, le dijo él. Carne al horno con papas. ¿Postre? Flan con dulce de leche. Pero todavía falta, si son las cinco de la tarde o por ahí. Dijo eso y empezaron a prenderse las luces de la calle: súbitamente se había hecho de noche. El resplandecía en la oscuridad de una manera asombrosa. ¿Qué viniste a hacer? ¿Por qué estás acá? ¿Ahora? Para degustar un buen vino, en unas lindas copas. Desde cuándo los ángeles toman alcohol. Desde que conviven con los hombres, dijo, mientras sacaba de la alacena las copas. Este Malbec, le explicó ella, es la especialidad argentina, una cepa que acá se da muy bien. Lo bueno de los burgueses es que conocen los placeres. Y lo malo. Lo malo es que preguntan cuando hay que callarse la boca. El vino era excelente, brillaba en las copas como un rubí. Entonces la tomó por la cintura, atravesaron el pasillo y salieron por la puerta principal a la calle para levantar vuelo en la noche estrellada, tan cubierta de estrellas que parecía un decorado, el escenario de una película. Parecemos Luisa Lane y Clark Kent, dijo ella. Y los dos se largaron a reír.

Otra vez fue soñada, en el aire y sin cuerpo, seda tan fina en la cama celestial, se deslizaba por el oro como agua que surge en la montaña.

Otra vez fue la mano, las manos, una mano que recorría los nacimientos y lloraba.

¿Y esta recurrencia del amor a quién apela? Adjetivos no hay, no aprendieron todavía la sintaxis del orden.

Me he negado a la poesía, a gritar más alto que cualquiera, a poner en agonía el deseo. Entonces, me dijo el ángel, escribirás versos: tal es la ofrenda/tal, el castigo.

El ángel (continuación)

No estés triste, le dijo el ángel, te mostré algo del universo para que lo vieras como ves ahora los limoneros de tu jardín, los malvones, el caracol que sube por la pared, esta mesa en donde está tu computadora, el teléfono. Ella asintió con la cabeza pero

no hubo cambio en su estado de ánimo. Y el ángel también estaba alicaído, hablaba suave, con la intención de que las palabras los sanaran pero a ninguno les hacían efecto: habían vuelto del viaje estelar deprimidos y sin ganas de comunicarse mucho. Qué distintos somos, dijo ella, al rato. Porque al principio me pareciste un hombre con alas. Bah, hasta ayer a la noche. Pero qué inmensamente, infinitamente distintos somos. Abismalmente. ¿No sos vos la que reniega del uso de los adverbios terminados en mente? Ella sonrió apenas como premiando la intención conciliadora, de acercamiento. Mirá, me equivoqué, fue un vuelo demasiado largo y ambicioso; perdí la cuenta del espacio que abarcábamos, de tu tiempo; no, le dijo ella, estabas en tu elemento, por fin, allá en lo inconcebible *Eras* y yo la metáfora vulgar: una hoja arrastrada por el viento, una pluma, una nada. Y sin que pudiera evitarlo acotó: un lugar común. Una mujer que presentía la eternidad, la interrumpió él, no es fácil para nadie, menos para quienes todavía tienen tiempo acá, en la tierra. ¿Sí? Sí, le dijo el ángel, hay tiempo todavía. Entonces mejor festejemos. Pero estaba triste, como cuando se nos revela una verdad insospechada. La muerte. ¿Acaso no escribía siempre de la muerte? ¿De qué escribía si no de la muerte al hablar de la juventud, de aquel amor, de aquella pelea interminable que ya no se repetiría? Cursi, todo le sonaba cursi. Fue derecho a la heladera y buscó la botellita de champagne que le habían regalado en una presentación de gente rica, una fundación para la conservación del medio ambiente o algo por el estilo. Una reunión formal, aburrida y con buen servicio. Eligió dos copas de cristal tallado que le quedaban sueltas del juego de sus padres y miró al trasluz como tratando de adivinar algo de su futuro en el pasado o, en lo íntimo, que el ángel le acomodara las ideas con alguna señal propia de la trascendencia que se le asigna a los seres alados, en cambio, él le hizo una broma que mucho no le gustó sobre su inclinación al alcohol, descorchó la botella con la habilidad de un sommelier y sirvió: las burbujas crecieron en el amarillo intenso del champagne. Fijate, tienen algo de sol, le dijo. Sentados a la mesa, con el ventanal abierto y la noche afuera, parecían una pareja de viejos amantes, ahora muy buenos amigos.

Nota

En la trama de esta nouvelle se han incorporado poemas y textos de la autora. También versos y estrofas de los siguientes poetas: Juan Desiderio, John Donne, Wislawa Szymborska, Rainer M. Rilke y Carlos E. Cartolano. A todos ellos, inmensa gratitud.

Ediciones Ruinas Circulares

Título

“Un abanico que apenas se abre”

“Una luz que no daña ni enceguece”

-nouvelles-

Se terminó de imprimir en

BENGRAF

AGUIRRE 741- Bs. As. - Argentina
en el mes de DICIEMBRE 2020

INDICE

UN ABANICO QUE APENAS SE ABRE

Página 11 a página 55

UNA LUZ QUE NO DAÑA NI ENCEGUECE

Página 59 a página 88

¿Por qué escribir la historia de un ángel en el siglo XXI o la de una cortesana japonesa del siglo IX? ¿Por qué la prosa y no el verso? ¿Por qué no ambos? ¿Por qué algunos textos vienen desde el inicio con la contundencia del golpe seco contra el vidrio y otros se anuncian con la levedad del azaroso vuelo de las mariposas? ¿Por qué algunos textos se arrastran por el barro y se hunden en las profundidades de lo desconocido, del imposible deseo y otros vienen claros y limpios, casi iguales a un cielo despejado? No lo sé. Pero quizás, vivir en estado de abierta disposición, sin prejuicios, y en permanente búsqueda de la palabra que por fin me satisfaga, me lleven a escribir cuanto escribo.

I. L.



COLECCIÓN OCTAEDRO